

sal. Como él no los conocia, y le ponderamos que habia costado mucho trabajo hallarlos, creyó que así era, y pasaron los frijoles por imposibles. Todos los dias se acuerda su padre de este chiste, y me da con esto en la cara.

En verdad que estuvo bien gracioso, y tú te verias harto apurada, dijo Eufrosina. Continuaron aquellas señoras hablando de sus maridos y de sus hijos largamente, hasta que tocaron en el punto de las modas, y comenzaron á disputar sobre cómo seria mejor un túnico de iglesia, si morado ó negro, si con mangotes de punto ó con guantes; y así sobre otras cosas de estas, que no me divertian ni una migaja.

Entonces me levanté con disimulo y me fué á mi vivienda, donde se continuó por el coronel la última conversacion de la chata, pero con el juicio y solidez que acostumbraba.

CAPITULO XI.

Que trata de la primera educacion de los niños, y de otras cosas que no disgustarán al lector.

COMO me dilaté en la vivienda de Eufrosina, me extrañó el coronel y preguntó el motivo. Le contesté que habia estado divertido oyendo platicar á la señora Doña Eufrosina con sus visitas. Esto escitó su

curiosidad, y quiso saber las materias que se trataron en la conversacion, y yo lo satisfice contándole lo que no le podia agraviar, como fué lo de los imposibles de Luisillo.

Reian grandemente los señores con este cuento especialmente Matilde, que apenas lo queria creer, hasta que su marido le dijo: No te haga fuerza, hija mia, la tal impertinencia de ese niño, porque todos los consentidos son lo mismo. El Abate Blanchard trae otro caso igual. Tenia una señora un niño de estos enseñado á que le habian de dar cuanto queria. Los criados estaban impuestos á obedecer su gusto, porqué el niño no habia de llorar sin que se complaciese. Engreido con esta costumbre, un dia comenzó á llorar y mas llorar, con tal tenacidad, que lo oyó su madre, y llena de cólera reconvino al criado que le cuidaba, diciéndole que ¿por qué no le daba al niño lo que queria? El criado respondió: Señora, es imposible que yo le dé lo que quiere, pues me pide que le baje la luna y la ponga en un vaso de agua. Bien puede, pues, estar llorando hasta el fin^o del mundo, que yo no le bajaré la luna. La señora quedó convencida de la impertinencia de su hijo; pero el autor no dice si quedó corregida.

Ninguna cosa contribuye tanto á corromper las costumbres de los niños y hacerlos orgullosos y malcriados, como la indiscreta condescendencia de las

madres. Conducidas por un amor excesivo y por un imprudente cariño, contemporizan con ellos en cuanto quieren. Por tal que el niño no lllore, le dan todo lo que apetece, en el momento que insinúa su voluntad con las lágrimas. De aquí nace que se crían indóciles, orgullosos é impertinentes: pierden el respeto á sus padres y el amor á un mismo tiempo, y enseñados á hacerse obedecer con su llanto, no agradecen los mismos agasajos, creyendo que se les deben de justicia.

Como estamos convencidos, dice Blanchard, de que los llantos de un hijo bien ó mal comprendidos, y bien ó mal dirigidos por la ternura de las madres, hacen casi todo el arte de la primera educacion, añadiremos algunas reflexiones juiciosas que hace á este asunto *Mr. Rousseau* en su *Emilio*, en donde entre tan gran número de errores perniciosos, se hallan verdades útiles. “Los primeros llantos de los niños, dice, son ruegos: si no se cuida de ellos, en breve llegan á ser órdenes; comienzan por hacerse asistir, y acaban haciéndose obedecer.....”

“Los largos llantos de un niño que no está atado ni enfermo, y á quién no le falta nada, no son sino llantos de hábito y obstinacion: no son obra de la naturaleza, sino de la que los cria, que por no saber tolerar la importunidad, la multiplica sin advertir que haciendo callar hoy al niño, lo escita á llorar

mañana mucho mas. El único medio de curar ó precaver esta costumbre, es no hacer aprecio de sus llantos, pues nadie quiere tomarse un trabajo inútil, ni aun los niños. Lloran, porque conocen que llorando consiguen lo que quieren; pero si se tiene tanta constancia para negarles como ellos porfia para pedir, fácilmente ceden, se disgustan de sus llantos, y no vuelven á llorar mas. De este modo se les ahorran las lágrimas, y se les acostumbra á no deramarlas, sino cuando el dolor les fuerza á ello....”

“No necesitan los niños para llorar todo un día, sino percibir que no se quiere que lloren. Lo peor es que la obstinacion que contraen, sigue por consecuencia en su mayor edad. La misma causa que los hace llorones á los tres años, los hace sediciosos á los doce, discolos á los veinte, imperiosos á los treinta, é insoportables toda su vida.”

Luego que un niño manifiesta las primeras señas de conocimiento (continúa el Abate citado) es necesario precaver en él toda obstinacion é indocilidad. La porfia es el defecto de la mayor parte de los niños; pero se puede decir que lo deben casi siempre á la primera educacion, pues se condesciende á todas sus fantasías. Lo que se ha negado á sus ruegos, se concede á su importunidad, á sus llantos y á sus violencias; y aun los dejan vengarse y dar golpes. “Yo he visto, dice el autor del *Emilio*, ayas

y madres imprudentes animar la porfía de un niño escitarlo á pegar, dejarse pegar ellas mismas, y reir de sus febles golpes, sin pensar que eran otros tantos homicidios en la intencion del niño furioso, y que aquel que quiere pegar siendo chico, querrá matar siendo grande."

Estas son, querida Matilde, unas verdades tan evidentes, que no necesitaríamos que nos las recordaran los autores, si atendiéramos con reflexion á la experiencia. No son los niños mas consentidos los menos llorones, lo contrario, son los mas impertinentes y enfadosos.

Yo convengo en que es muy tieruo y natural el amor á nuestros hijos, que causa pena el verlos afligidos y llorando, y soy de parecer que se les debe dar gusto en cunnto sea inocente y razonable; pero no generalmente en todo, solo porque no lloren y por escusarles un ligero sentimiento. Aquí está todo el daño de la imprudencia. Es lo mismo que querer curar un mal pequeño con un grave.

No es menestar mucha penetracion para conocer los funestos resultados que trae á los hijos y á los padres la ciega condescendencia de estos, ni es tan difícil el poderla reprimir en los principios. Mientras los padres ó las madres amen á sus hijos como deben, les será fácil el desentenderse de sus

llantos cuando convenga, para hacerlos sumisos y obedientes.

Si un niño llorara por coger con su manita un alacran, seguro está que la madre mas indolente se lo diera aunque llorara hasta no mas. ¿Y por qué? Porque conoceria que aquella sabandija era venenosa, y que podia picarlo y acarrearle la muerte, ó un gravísimo daño á su salud. ¿Pues por qué no tiene igual cuidado en no permitirles que lógren sus caprichos, como que son siempre nocivos y bastantes á envenenarles el espíritu, y acarrearles unas enfermedades morales que no podrán curar en toda su vida?

Por dasgracia, ordinariamente los niños no se ven rodeados sino de un enjambre de mugeres ignorantes, que con muy buena intencion conspiran á hacerlos malcriados é insufribles. Las madres, las nodrizas ó *chichiguas*, las ayas ó *pilmamas*, las maestras, las parientas, las amigas y hasta las criadas de las casas, ¿qué hacen sino pervertir el espíritu del niño desde los principios, fomentar sus caprichos, inspirarle errores; apoyar sus falsas ideas, defender sus extravagancias y adular sus inclinaciones á diestro y á siniestro?

La ira, la envidia, la venganza, la falsedad, el disimulo y otros defectos como estos, no se notaran tan temprano en las criaturas, si los que están en-

cargados de su educacion y asistencia fueran como debian ser, gentes de probidad é instruccion, que sofocaran las malas semillas del vicio en sus principios, (1) pero sucede lo contrario. Quiere el niño alguna golosina, sea la que fuere, á cualquiera hora, y aunque se conozca que le ha de hacer daño y que no tiene hambre, porque acaba de comer, se la dan porque no llore, y así lo enseñan á goloso: ve un juguete en poder de otro niño, lo pide y llora por él, hasta que no se lo dan, y así le fomentan la envidia; se tropieza con el perro, se cae y llora, y al momento cogen al perro y se lo presentan para que lo golpée, y así le inspiran la venganza: llora otras veces por lo que se le antoja, y para callarlo le dicen: "no, mi alma, no llores: los niños lindos como tú, no lloran: ¿cómo se queda para esos muchachos feos como el hijo de la cocinera?" y este es un modo muy propio de inspirarles soberbia y vanidad, haciéndoles formar un alto concepto de sí mismos, y enseñándoles á aba-

(1) *Todos los hombres nacemos con pasiones, y estas son las semillas del vicio por la prevaricacion del primer padre; pero on el auxilio de la razon, estas mismas pasiones pueden ser semillas de virtudes. El enseñar á los niños á sujetar sus pasiones á la razon, seria el gran arte de acostumbrarlos á sofocar la mala semilla del vicio en sus principios.*

tir y despreciar al infeliz. Si con esta y otras diligencias semejantes, aun ne se calla, le hacen un ruido extraño, ó le señalan un cuarto oscuro, diciéndole que por allí ha de salir el viejo, el coco ó la bruja, que se lo ha de comer; y con tan terrible amenaza se logra que no llore; pero de paso se hace pusilánime, y se dispone su fantasía para admitir en la mayor edad las mas crasas supersticiones. Si quiebra un vaso ó hace otra travesura y lo regañan, no falta quien lo defienda, diciendo que no fué el niño sino el gato, y así aprende á mentir y á disculparse á toda costa.

Pero ¿para qué he de insistir en probar con ejemplares una verdad que se nos entra por los ojos? Ello es cierto que hay personas que si estudiaran por principios el arte de malear á los muchachos, no lo habian de hacer con tanta gracia como lo hacen sin ningunos estudios, sino por una mera aficion al niño.

Lo peor es, que mil veces los hijos se educan mal contra las sanas intenciones de sus padres; ya porque no pueden encargarse de observarlos todo el dia, ó porque las madres son abandonadas y opuestas á su modo de pensar; y entonces tienen los padres que ceder conociendo el perjuicio, por no chocarse, y acaso perder la paz del matrimonio. ¡Felices los casados cuyas voluntades van acordes en un

asunto de tanta gravedad; pero mas felices los hijos á quienes cupo en suerse tener tales padres!

Así hablaba el coronel, cuando interrumpió su conversacion una visita. Esta fué la madre de la niña Gertrudis ó Tullitas, como le decian, aquella ahijada del coronel á quien confió el cuidado de Pudenciana siendo muy tierna. Tenia ya Tullitas como diez y seis ó diez ó siete años, y era no solo bonita, sino muy hacendosa, humilde y grangeadora. Su madre.....(parece que la estoy mirando) era una señora como de cincuenta años, blanca, entrecana, de ojos azules, de una nariz muy afilada de un cuerpo muy bien proporcionado, y aunque con muchas arrugas y pocos dientes, se conocia que no seria despreciable en sus quince.

Su traje era un túnico azul de indiana con holancito blanco, un rebozo de Sultepec y un pañuelo con que se abrigaba la cabeza. Luego que entró y pasaron las acostumbradas salutations, se sentó, y dirigiendo la palabra al coronel, le dijo: ¿Qué habrá usted dicho, compadrito, que cuánto ha que no parezco por acá? Pero ya ve usted los trabajos de una pobre muger sola, que le aseguro á usted que no tengo lugar ni de rascarme la cabeza. Todo el dia se me va en hacer la diligencia; y con todo ¡sabe Dios los trabajos que he pasado! pero ya su Magestad ha querido abrimme camino, y eso es á lo que vengo

noticiarle á usted y á mi comadrita, que sé que se han de alegrar de mí bien.

Es verdad que sí, dijo el coronel; no sabe usted cuánto me agrada esa noticia. Segun mis coitas facultades, siempre he procurado contribuir á sus alivios, lo que manifiesta que me ha debido bastante estimacion. Pero cuénteme usted despacio esa su buena fortuna, á ver si puede participar de ella nuestra Tullitas.

¡Ay! y ¡cómo que sí, ha de participar la pobre muchacha! decia la madre. Pues vea usted compadrito, que un señor que se llama D Gervasio, es muy caritativo, (Dios se lo pague) ha dado en visitarme de pocos dias á esta parte, y como me ha visto tan sola en mi cuartito y tan pobre, me ha tenido lástima, y me ha preguntado que si no tengo nada seguro, que de qué me mantengo, y otras cosas: y cuando le he dicho que no tengo sino el cul costura y la caridad que usted me suele hacer, se ha compadecido mucho de mí; pero desde el otro dia que le dije que tenia una niña acá, se compadeció mucho, y me dijo: ¡Válgame Dios! qué lástimas, qué miserias se ven en este México! ¡Estar una madre separada de su hija, y una pobre niña arrimada en casa ajena y fuera del abrigo de su madre! ¡Jesus, qué cosas! Pero usted señora, me decía, ¿por qué tiene á esta niña lejos de su lado? ¿No sabe usted que al ojo del amo engorda

el caballo, y al lado de la madre se hacen felices las hijas? Vaya, que usted no debe de querer á esa pobre criatura.

¡Si la quiero, señor! le decia yo: de fuerza la he de querer si es mi hija, y no nació de las yerbas: ¡sabe Dios lo que lloro cuando me acuerdo de ella, sin embargo de que está como en su casa! Entonces me preguntó que dónde estaba y cómo se llamaba. Le dije que acá con su padrino, que ella se llamaba Tulitas, y le dí sus señas. El señor se alegró mucho al oirme, y me dijo que ya la conocia que era de mucho mérito, y era una lástima que careciera de su madre: que si la única causa de esta separacion era la pobreza, que no tuviera yo cuidado, pues él era rico y solo, y no tenia en qué gastar su dinero sino en hacer obras de caridad: que sacara yo á mi niña para que me acompañara; que contara todos los dias con dos pesos diarios: que buscara una casita de diez á doce pesos y una moza para que nos sirviera. Por lo que hace á la ropa, que él tendrá buen cuidado de que no nos falte nada. Y para que yo no pensara que estos eran ofrecimientos de boca, me dejó dos onzas de oro encargándome que buscara la casa, y que en cuanto la hallara, le avisara para que se compraran los trastos que me hicieran falta.

Ya ve usted, compadre, que de estas fortunas no se hallan todos las dias, y quizá Dios ha tocado el

corazon á este caballero para que nos remedie: y así vengo á darle á usted los agradecimientos por el tiempo que ha tenido á Tulitas en su casa, y á llevármela para que me acompañe, porque ya tengo yo tomada la casa, y está en ella la moza, que el mismo señor me la buscó. Tiene mil gracias: ayer me llevó dos camas muy buenas y un baulito con dos piezas de breña, diez varas de indianilla fina, cuatro pares de medias, dos tápalos, uno de seda y otro de trafalgar, y otras muchas cositas que solo me enseñó, y cerró y se llevó la llave: porque dice que hasta que Tulitas no esté en casa me la dará, y le regalará á ella una cajita de alhajas que era de su muger y no tiene á quien dársela; y así, compadre, yo vengo por Tulitas, porque esta ocasion no es de perder.

Oyó el coronel todo el razonamiento de la vieja; y luego que acabó le dijo: En verdad, comadre, que ese caballero es demasiado bueno. ¿Conque conoce á Tulitas, la ha visto en el balcon, y dice que tiene mucho mérito, y despues de esto quiere hacerle á usted bien y buena obra? ¡Válgate Dios por caridades! Si usted fuera sola, ó si la hija que tiene fuera fea, yo le apostara mis orejas á que no encontraba un caritativo semejante; pero es cosa muy comun favorecer á las bonitas con exceso, cuando las feas no hallan ni quien les dé los buenos dias.

No sea usted cándida, comadre; esa no es caridad;

es un anzuelo, una red que se tiende para que caiga el inocente pez. ¡Quién sabe si yo juzgaré con temeridad! No conozco al tal señor: acaso será un hombre muy virtuoso, y su corazón estará limpio de malicia. Dígale usted que les haga la caridad que quiera á las dos, pero á usted en su casa y á la muchacha en un convento, y en haciéndolo así, jure usted que es un hombre de bien y que hace perfectas caridades.

Ya se lo he dicho así, compadre; mas á eso me dice que él no es tonto para tirar su dinero en esas cosas: que los conventos y colegios no sirven sino para criar flojas y holgazanas, pues no se entran en ellos las muchachas sino por necesidad y por moda, para que les digan niñas de convento: que allí lo que aprenden son muchas monerías y ridiculeces, que salen mas hipócritas que cristianas, pues acompañándose con muchas viejas supersticiosas, sirvientas necias y niñas forzadas, ó que están allí á fuerza, y que tienen bastante malicia para enseñar sus malas mañas, las aprenden fácilmente sus amigas, y pierden en los conventos la sencillez que conservan en sus casas al lado de sus madres: y por último, dice el señor que es bobería meter en colegio ó convento á una niña que no tenga vocacion de ser monja, sino que piensa en casarse, pues en una clausura con dificultad se proporcionan novios, y que supuesto que mi hija no ha de ser monja, porque ó no tiene vocacion,

ó no tiene dote, que mejor es que se quede en la calle conmigo, pues así se consigue que me asista y acompañe, y que tal vez mañana ú otro día se case con ventaja, lo que no sucederá si la metemos en convento, porque santo que no es visto, no es adorado.

Todo esto me dice el señor, y ya ve usted, compadre, que dice muy bien, porque yo he visto mucho de lo que me ha dicho, y tengo muchísima experiencia, como que de muchacha estuve yo en convento, y allí supe muchas cosas, y aprendí mil tonteras y malas mañas; porque lo que era bueno y licito, lo tenía por pecado, y escrupulizaba de ello, y así se enfadaba el confesor conmigo cuando le decía: "acúsome padre que dije delante de los hombres en reja, que me dolían las piernas, que tenía un tumor en una nalga, ó una roncha en el ombligo" que son partes del cuerpo que yo llamaba con unos nombres que aun en los fandangos hacen reír. Mi confesor, como dije, se incomodaba de esto, y me regañaba muy seguido. Me acuerdo que un día, vispera por cierto de la Ascension, me dijo: Ya le he dicho.... Porque mi confesor era muy santo y muy seriete. A nadie hablaba de tú ni platicaba, sino por mucha fuerza, fuera del confesonario, ni recibía ningún regalito de sus hijas, ni quería á unas mas que á otras, ni admitía papelitos ni escribía ningunos, ni servía

de empeño, ni hablaba en el confesonario sino de asuntos de conciencia, ni aprobaba virtudes, ni creía revelaciones, éstasis ni arrobamientos, (1) ni..... Déjese usted de tantos nis, comadre, decia el coronol, que yo no quiero saber la vida de su confesor, aunque por lo que me ha dicho conozco que era un buen ministro de Dios; pero eso no viene al caso. Diga usted qué fué lo que dijo la vispera de la Ascension, y acabe su cuento antes que se me olvide lo que yo le he de contestar.

Pues, compadre, decia la vieja, lo que me dijo mi padrecito..... ni así queria que le dijéramos sus hijas, sino mi confesor ó mi director. Vea usted qué tal era de serio, pero en fin, me dijo: que era menester un diccionario particular para confesar á las necias de conventos, ó una singular inteligencia para comprender sus fraudes y gazmoñerías. Ya le he dicho que se confiese en castellano y no en esa gerigonza que no entiendo, sino á costa de mil preguntas. Tambien le he dicho que se confiese sin rodeos, y sin buscar frases con que ocultar ó disimu-

(1) *La vieja no supo esplicarse. Quiso decir que el padre no creia las visiones del sueño, histérico, vanidad é hipocresia con que quieren engañar al confesor, pero sí creer los efectos verdaderos y singulares de la gracia divina*

lar sus faltas, porque este modo de confesarse es efecto de una muy refinada soberbia y tontería, pues cree que Dios, cuyo lugar ocupó, se engañará con el artificio con que trata de disminuir su culpa y le perdonará mas fácilmente, ó á lo menos me quiere engañar para estar bien eonceptuada conmigo, lo que es una simpleza, pues el concepto que yo debo formar y el que debe querer que forme, es el que convenga á su salud espirital, y no á fomentar su vanidad ni su ignorancia.

¿Qué le importa engañar al confesor, ni que este la tenga por una santa, si el que registra los rincones del corazon sabe que no es virtuosa, como aparenta, sino una soberbia que viene á la sagrada piscina de la penitencia, no á purificarse de sus culpas con corazon contrito y humillado, sino á revolcarse en su mismo cieno, y á salir del baño saludable mas manchada de lo que entró?

Le he dicho que la verdadera virtud no está reñida con la sinceridad: que los escrúpulos son perjudicialísimos para adelantar en el camino de la perfeccion: que hay escrúpulos de almas timoratas, y escrúpulos de hipócritas, como los suyos. Se viene á confesar de que le dió un palo al gato de su nana, (1) y no se confiesa de que se lo dió por vengarse de

(1) *Así llaman las niñas á las monjas á cuya cargo están.*

ella, ni de que se quiso vengar, porque la regañó por haberla desobedecido yéndose al patio á platicar con esa moza que le ha enseñado tantas cosas que nunca debía saber, y porque le ha evitado esa compañía que ha sido tan perjudicial á su conciencia.

¡Cuánto trabajo me ha costado sacaros todas estas cosas, y haceros confesar las culpas mortales que os queriais ocultar ó con malicia ó con ignorancia culpable! pues seguramente no queriais confesar otra cosa sino que le disteis un palo al gato, lo cual no puede ser culpa grave. ¡Ya verá usted qué tal seria mi confesor!

Era muy bueno, dijo el coronel; pero no sé si me admire mas de la candidez de usted en confesar sus pecados, ó de la memoria que conserva de la reprobacion de su director, pues la sabe como una relacion; porque ese estilo se echa de ver que no es el de usted sino el de su confesor.

Pero, después de todo, es necesario que usted advierta que ese señor no dice bien en todo lo que ha dicho. Es verdad que en los conventos ó colegios de mugeres hay defectos que seria de desear se corrigiesen. ¿Mas en qué parte no los hay en esta vida mortal y miserable? Es tambien verdad que algunas se entran en los conventos, ó por deseo ó por antojo, ó por necesidad, ó por fuerza, y no son estas seguramente las que cumplen mejor con sus obligacio-

nes; pero no es menos cierto que tales casas no se fundaron para ser hospicios de disipadas, frívolas, ni holgazanas, sino para ser los planteles de la virtud, y los asilos de la inocencia, como efectivamente lo son. Los confesonarios son crisoles donde esta se prueba, y los púlpitos teatros en que se publica y se panegiriza cada dia. Y si no hubiera sido por los conventos, colegios y casas de enseñanza y clausura, establecidas para defender la virtud y honestidad de muchas, ¿cuántas á esta hora hubieran sido tristes víctimas sacrificadas á su indigencia y al libertinage de una tropa de infames seductores?

La utilidad de semejantes piadosas fundaciones es innegable, por mas que en ellas entren algunas personas díscolas, y no falten defectos que seria muy del caso corregir.

Llamo defectos á muchas preocupaciones que no dejarán de parecer ridiculas á los sensatos, por mas que sus patronos las quieran vestir con el traje de la virtud.

Una de ellas es que las niñas que entren en este ó en aquel convento ó colegio, no usen túnico ni tápalo, ni el pelo abierto y caido sobre la frente, como lo usan todas las jóvenes decentes en sus casas, por mas honestas y virtuosas que sean; y aquí tenemos una preocupacion no solo estravagante, sino que puede ser perjudicial en algun caso.

Nada difícil es probar lo ridículo de esta prohibición, si se advierte que el túnico y el pelo colocado sobre el casco ó sobre la frente es ya en el día un uso muy comun, y tan honesto en sí, que las señoras timoratas lo llevan sin el menor escrúpulo, y con razón; porque el túnico y la basquiña, el tápalo ó el paño de rebozo no harán ni á una sola muger virtuosa ó prostituida; y aquí se verifica que el hábito no hace al monge.

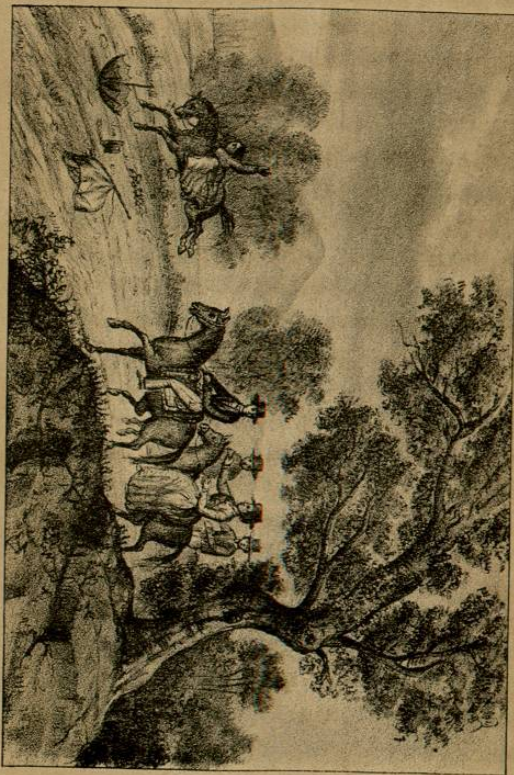
Ahora se debia advertir por las enemigas de los túnicos y trages del siglo, que no todas las niñas que entran en los conventos llevan designios de quedarse en ellos, ya por falta de vocacion, ó ya de dote. Muchas entran por aprender las labores, costuras y curiosidades que aprenden las mugeres hacendosas muchas por necesidad, muchas por antojo y algunas por fuerza. Todas estas van con la intencion de salirse luego que aprenden lo que quieren, ó cuando mude su suerte, ó cuando ya no quieran estar, ó no quieran que estén los que las mandan.

¿No es cosa bien estraña que se les prohiba á todas estas su propio traje? Y por último, si el túnico, si el tápalo, si el pelo así ó asado, son escandalosos en los conventos, si se han de ver como retraentes de la virtud, ¿por qué en muchos se permite? ¿Diremos que en esto son las preladas mas laxas, ó menos preocupadas?

Los perjuicios que acarrea esta preocupacion contra los tónicos, no son ni raros ni remotos. Hay muchachas pobres que desean recogerse en un convento, acaso hallan este ó el otro bienhechor que las ayuda para pagar su colegiatura, ó piso, como llaman vulgarmente; y ¿qué sucede? Que no entran, y pierden esa coyuntura, y tal vez se extravian en la calle, porque no tuvieron ó valor para dejar el traje con que las criaron ó proporciones para variarlo; y he aquí un daño para esa pobre, el que puede acaecer con demasiada frecuencia.

Si yo quisiera que dentro de los conventos ó colegios se admitieran todos los trages que usan las señoras en la calle, seria un temerario; porque esta permission general abriría la puerta al lujo y la profanidad, opuestos á la moderacion y modestia que debe sobresalir en tales casas; pero lejos de tal necedad, solo deseara que se permitiera que se vistieran las niñas en las clausuras segun se visten fuera de ellas las jóvenes honestas y timoratas, pues de este modo sin ofensa de la virtud, se corregiria esta preocupacion, que mil veces he oido apellidar ignorancia y ridiculez.

No quisiera hablar de otros defectos que se notan en semejantes comunidades, que si no son tan públicos como el que acabamos de refutar, no son menos frecuentes y perjudiciales. Las predilecciones que



Tomo 1º

San Quijotito

Tomo 3

las nanas (1) tienen con esta niña mas que con aquella: las amistades intimas de unas niñas con otras: las confianzas mútuas entre unas, y la indiferencia con otras: la estimacion y aun distinciones que gozan las ricas sobre las pobres (2): la acepcion de chismes: los cuentos que libremente se permiten, y aun se fomentan de espantos, de visiones, y aun de milagros apócrifos é imaginarios (3), y otras cosillas á este modo, originan zelos, envidias, rencillas, murmuraciones, escrúpulos necios, pensamientos temerarios, supersticiones y un enjambre detestable de vicios, y tanto mas detestables quanto que se provocan y ejercitan entre muchas personas que tienen

(1) *Ya se dijo quiénes se llaman nanas en los conventos.*

(2) *Esto se ve y fuera mejor que no se viera. Se escribe para que se corrija este defecto donde lo haya.*

(3) *Son muy frecuentes semejantes relaciones apócrifas que hacen mas daño del que parece. Se refiere con sencillez que la madre Fulana difunta era una santa: que hacia tal y tal penitencia: que hizo tal y tal milagro &c. y sin otra confirmacion que una vulgar aunque piadosa tradicion, se cree todo. Se encomiendan á la dicha monja, y se veneran sus reliquias como si estuviese declarada por santa. No es este el espíritu de la Iglesia. Esta es una materia en que tan malo es no creer nada, como creer mucho.*

que vivir juntas, y fiscalizarse muy de cerca. Si el Santo Rey David decia que era bueno y agradable el vivir los hermanos enlazados por la caridad como si fueran todos uno solo, yo digo, y cualquiera dirá, que es malísimo y mas que terrible vivir desunidos y entre chismes y alborotos los hermanos que viven juntos, y si son las hermanas, es peor que peor. ¿Y de qué frase nos valdriamos para ponderar la malicia y gravedad de la culpa de aquellas que se aborrecen de muerte, que se procuran poner en mal con las superiores, que hacen cuantos daños pueden, que se malquistan mutuamente, y llegan hasta á negarse las comunes saluciones, ó lo que dicen, *quitar se la habla?* Apenas se pudiera creer, *si no se viera*, que entre cristianos prevaleciera tanto el espíritu del ódio y la venganza, que llegara hasta á tenerse por agravio la vista y el eco de la voz del objeto que aborrecen. ¡Teman estos infelices, teman la ira de Dios en el último dia de los siglos! El mismo dice en las sagradas letras: *Aquel que quiera vengarse, sentirá la venganza del Señor, y Dios no olvidará jamas sus pecados. El hombre se encona contra el hombre, y conserva contra él su enojo: ¿y así se atreve á pedir á Dios misericordia? El no la tiene con sus semejantes, ¿y así pide se le perdonen sus pecados? Acuérdate, miserable mortal, de tus novísimos, y déjate de enemistades* (1).

(1) *Eccles. cap. 28.*

Así habla un Dios en provecho del prójimo, y el hombre vengativo habla muy al contrario con ofensa de Dios.

¿Pero acaso porque en algunos conventos y casas de comunidad se noten extravagancias ridículas y viciosas, habremos de hablar con impiedad de semejantes fundaciones? ¿Echaremos á sus institutos la culpa que tienen los vicios? ¿Nos escandalizaremos de ver en ellos lo que no falta en parte alguna? ¿Querremos que las comunidades de las mugeres sean perfectas y limpias de todo individuo discolo y quizá estraviado, cuando no hay una corporacion esenta de esta plaga? ¿Olvidaremos que la congregacion de Jesucristo se compuso de solos doce individuos escogidos por la suma Sabiduria, y sin embargo, entre solos doce se halló un Pedro infiel y un Judas pérfido, traidor y criminal hasta el estremo? Pero ¡qué mucho! La primera asociacion que hubo en el mundo fué de dos individuos, Adan y Eva, y ya vemos lo que sucedió. El primer hombre acaso no hubiera prevaricado, si la muger primera no lo hubiera seducido. ¿Y así querrán los falsos virtuosos que en los conventos no haya defecto alguno, ó lo que es lo mismo, que los frailes, monjas y niñas encaustradas sean impecables? Así seria de desear; pero esto no es dado sino á los habitantes del paraíso celestial, que están confirmados en la gracia.

Mas por último, señora comadre: lo que no tiene duda es, que cuando ese D. Gervasio su nuevo protector, repugna tanto que entre Tulitas en convento, no lo anima seguramente el espíritu de San Pablo, ni el de algun otro Apóstol ó Santo Padre, sino la concupiscencia de la carne. Bien claro me esplico; pero si usted no lo entiende, sépase que no la quiere encerrada, porque no puede serle útil dentro de la clausura. Afecta compasion hácia la muchacha, y disuade á usted de que la asegure en un colegio, no por virtud ni por amor que le tiene, sino porque en la calle tiene libertad para seducirla, y esperanza de satisfacer sus apetitos, lo que no seria tan fácil en un convento. ¡Malditas sean esas caridades! Oiga usted una fabulita que hice años pasados al asunto; quizá porque está en verso la retendrá usted en la memoria, y servirá de provecho á la madre y á la hija. El apólogo trata de un lobo y un cordeiro, y dice así:

¡Ay infeliz de tí! me compadeces
tan jóven y metido entre esos palos,
que ni te dejan ver el mundo alegre,
ni gozar de las yerbas y los pastos.
Ven: sal por la rendija que te ofrece
la estaca que aquí falta. Yo no paso
á libertarte, amigo, porque tengo
un grau cuerpo, no quepo, estoy pesado;

pero tú que eres chico, sal ó brinca,
y ya verás qué vida nos pasamos.
Te llevaré á comer la verde grama,
te pasearé por todos los sembrados:
el tomillo y el maiz, alfalfa y trigo
te prevendrán un delicioso plato.
Un lobo malicioso y lleno de hambre
así le hablaba á un corderillo incanto.

El tonto lo creyó: salió, y al punto
el *compasivo* lo hizo mil pedazos.

¡Oh cuántas jovencillas infelices,
víctimas son de un seductor tirano,
por creer como el cordero incautamente
su fingida promesa y falso halago!

¡Qué tal, comadre! ¿le gusta á usted la fabulita?
pues aprovéchese de ella en beneficio de Tulitas.
En casa no le falta nada de lo preciso. Si no come
en banquetes, no tiene hambre: si no viste con lujo,
no está desnuda, y si no la tiene usted á su lado,
vive segura de que está en una casa de honor.

Conque vea usted lo que hace, y no la esponga á
ser víctima de un lobo seductor; no sea que despues
tenga usted y ella que llorar su ligereza y falta de
consejo.

¡Ay! no, compadre, decia la vieja. Usted piensa
muy temerariamente del Sr. D. Gervasio. ¡Sobre

que es tan bueno el pobrecito! tan rezador, tan caritativo: y despues de todo, ya es señor grande, y no se ha de meter en esas cosas.

¡Vaya, comadre! decia el coronel: ó usted es muy cándida, ó quiere parecerlo. Ese señor tan bueno, tan rezador, tan caritativo y tan viejo, es un hombre, y un hombre que quiere beneficiar á usted porque sabe que tiene una hija bonita que le gusta, y no se resuelve á hacer toda la gracia que ha ofrecido sino hasta que la muchacha esté fuera de mi casa. ¡Eh! no sea usted ignorante: él quiere que le venda usted á su hija, satisfacer su apetito á costa de cuatro pesos, y despues abandonar á las dos.

Deseche usted sus favores, desprecie sus promesas, deje á su hija en mi casa, confórmese con su suerte, sirva á Dios en su estado, y viva segura de que no le faltará que comer, porque primero faltará el sol que deje de cumplirse su palabra divina. No se espante usted, señora, ni arrugue las cejas al oirme asegurar que no le faltará la subsistencia si teme á Dios, porque yo no lo digo, sino el mismo Señor que no puede engañarse ni engañarnos, porque es infalible en sus promesas. Atienda usted sus palabras: *No padecen pobreza los que temen á Dios. Los ricos se vieyon necesitados y con hambre; pero á los que buscan al Señor, no les faltará todo bien* [1].

[1] Psalm. 33 v. 10.

¿Quiere usted mas seguridad que la palabra del Todopoderoso? No es usted la primera madre que espone á sus hijas á la mas vergonzosa prostitucion, queriendo escudarse con la pobreza que padecen; mas usted y cualquiera que lo haga cargan con una terrible responsabilidad ante el tribunal supremo, y no tendrán allí la mas mínima disculpa que les valga; porque estas prostituciones no se efectúan por la pobreza, no, es mentira: á nadie le falta que comer ni lo preciso, trabajando con honra en lo que pueda, y obrando segun el designio de su Criador. Este jamas falta á sus criaturas. Al pajarillo previno el alimento en lo elevado del árbol, al pez en lo profundo del mar y á la despreciable lombriz en el centro de la tierra. ¿Pues cómo le habia de faltar al hombre, criado á su imágen, y que es mejor que los pájaros y los peces?

El ningun temor de Dios y la poca ó ninguna confianza que se tiene en su alta Providencia, abren la puerta á las innumerables miserias de que se ven perseguidos los mortales. ¡Cuántas madres y niñas virtuosas conocemos que subsisten sin tocar el estremo de la indigencia, y contando con menos arbitrios que usted y Tulitas! ¡Y cuántas que se han atendido á los criminales auspicios de los hombres, vivieron alegres cuatro días, y casi subieron á la cumbre de la felicidad temporal, para ser precipita-

das en su edad avanzada hasta el horrible abismo del deshonor y la miseria! Usted y yo conocemos muchas de una y otra clase, y nos seria fácil hacer un catálogo de sus nombres.

Conque no sea usted boba, conozca el mundo, conozca á los hombres, no fie de sus promesas, cuídese á sí misma, y deje á su hija en mi poder, que esto les importa, y nada mas.

Quando yo esperaba que la buena vieja agradeciera los saludables consejos del coronel y el interese que tomaba por la felicidad de Tulitas, se levantó de la silla, y con un aire de enfado dijo: Usted dice muy bien, compadre; pero yo he venido resuelta á llevar á mi hija; porque lo que no le doy no se lo debo quitar, ni he de echar esta fortuna á puerta agena. A más de que, ¿quién la ha de querer mas que yo que soy su madre, y sabe Dios lo que me ha costado? y con todo eso, muy bien sé que va segura, porque el señor D. Gervasio Protasio es muy hombre de bien, y muy cristiano, y muy caritativo, y muy liberal, y muy honrado, y muy todo: y por fin, yo no debo juzgar vidas ajenas, ni Tules es chiquita: ya sabe bien donde le aprieta el zapato: y si ella fuere tonta y se dejare engañar, allá se lo haya: su alma y su palma, y Cristo con todos. Y así compadre, yo le agradezco á usted mucho y á mi comadrita los dias que la han tenido en su casa, y con su licencia me

la llevo. Anda, niña, recoge tus trapitos, y vámonos.

El coronel se incomodó, como era regular, con la terquedad de la vieja, y así se retiró diciéndole que hiciera lo que quisiera. La niña repugnaba el irse por el amor que tenía á los señores, y porque era naturalmente juiciosa; pero instando su madre mas y mas, tuvo que obedecer contra su gusto.

Recogió su ropa, y abrazando á Doña Matilde y Pudenciana con la mayor ternura, sin poder articular una palabra, porque el llanto no se lo permitia, se salió de aquella casa que justamente veia como un asilo.

Todos sentimos la ausencia de Tulitas, porque era una muchacha muy amable; pero mas que todos el coronel que preveia sus futuras desgracias.

A pocos días recibí orden de mi padre para que borrara colegiatura, y me retirara al pueblo en donde residia, porque estaba enfermo y le era necesaria mi asistencia. Se hizo así, y dispuso el coronel mi marcha, la que verifiqué con no menos sentimiento que Tulitas.

CAPITULO XII.

En el que el coronel discurre sobre lo útil que seria que las mugeres aprendiesen algun arte ú oficio mecánico con que subsistiesen en caso de necesidad.

AL fin de cinco años de ausencia, regresé á esta capital, y luego que llegué á ella, fui á buscar á mi buen amigo el coronel.

Se deja entender que al efecto me dirigí á la casa de D. Dionisio Langaruto, quien con su esposa Doña Eufrosina me recibió con bastantes muestras de cariño: me hicieron mil preguntas y repreguntas acerca de las tierras por donde habia estado, á las que yo contesté unas veces con verdad y otras sin ella, seguro de que todo cuanto dijera lo habian de creer, solo porque yo decia que lo habia visto; bien que en esto no hice mas que mentir con la autoridad de viajero.

Así que estos señores se cansaron de preguntarme, les pedí razon del caballero coronel y su familia, y me dijeron que ya no vivia con ellos; porque habiéndose enfermado Doña Matilde, fué preciso al coronel llevarla al parage que llaman la *Tlaxpana* á que mudase temperamento, y que cuando se restableció su salud, tomó casa frente de la Alameda, por ser mas cómoda que la que ocupaba en su compañía.

Luego que supe esto, les pedí las señas de la casa, me las dieron, y al instante me despedí de aquellos señores, porque ya se me hacian siglos los minutos que tardaba en ver á mi apreciable D. Rodrigo.

Cuando entré, estaba Doña Matilde tocando en su clave y el coronel leyendo un libro; pero no bien me vieron, cuando dejaron ambos los objetos de su